

EL OCEANO PACIFICO

Por: FRANCISCO ANDRADE S.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3 y 4, Volumen XII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1954*

E

l descubrimiento del Océano Pacífico vino tarde para el hombre occidental. El mundo antiguo, al que se extendía esta civilización, lo ignoró totalmente. Los viejos pilotos dependían para su orientación de señales conocidas sobre las costas y de la dirección de los vientos que se estudiaba cuidadosamente en cada localidad. Estos datos los guiaban para hacer su recorrido de punto a punto. No había instrumentos que pudieran merecer este nombre, para poder determinar la longitud y la latitud, ni mucho menos relojes que pudieran servir de base para estos cálculos. Solamente en el siglo XIV se usó por primera vez la brújula por los navegantes.

Los barcos eran excesivamente pequeños y sus diseños inadecuados para la navegación en mares profundos. En ellos no había departamentos especiales para alojar la oficialidad y las tripulaciones, ni espacio suficiente para depositar agua, víveres y equipo. Las regiones ya un poco alejadas de la costa, estaban en la imaginación de los marinos llenas de monstruos, serpientes, basiliscos y leviatanes.

Doscientos años antes de Cristo los discípulos de Eratóstenes sostenían que el mundo era redondo. Doscientos años después de Cristo, Tolomeo también sostenía la misma teoría. En la antigüedad Aristóteles lo afirmaba, pero los viajes para demostrar no se podían hacer. Marco Polo y las Cruzadas iniciaron el contacto entre oriente y occidente.

Con la llegada de Marco Polo a Pekín se rompió el espeso velo que los separaba y estas dos regiones del globo que habían permanecido siglos y siglos la una al lado de la otra sin conocerse,

entablaron relaciones e iniciaron un intenso comercio.

Marco Polo fue el primer occidental que vio y navegó aguas de los mares de China y de la India. Tiempo después Vasco de Gama lo siguió, circunnavegando el Cabo de la Buena Esperanza y recorriendo el Océano Indico. En las Indias Occidentales, Vasco Núñez de Balboa en 1513 cruzó el Istmo de Panamá y navegó por primera vez en las aguas del Pacífico. Hernando de Magallanes descubrió el estrecho de su nombre y el 28 de noviembre de 1520 entró a las aguas del inmenso océano. Magallanes llevaba en su mente el arribo más rápido a las Molucas, en donde lo esperaba su amigo Francisco Serrano; por eso se lanzó a la travesía del Pacífico Sur, pero si hubiera continuado hacia el norte por la costa occidental de Sur América, hubiera llegado al Perú bastante antes de que Pizarro invadiera el imperio de los Incas.

Magallanes llegó a las Filipinas y allí murió. Su sucesor Sebastián Elcano, siguió con la nave Victoria y completó la primera vuelta al rededor del mundo. Con estas primeras exploraciones se abrió al estudio y conocimiento de la humanidad esta inmensa extensión cubierta de agua, cambiando completamente los valores de la estadística terrestre, pues según los antiguos geógrafos, la parte enjuta era en mucho superior a la cubierta por los mares y con este descubrimiento, el solo océano Pacífico con sus mares anexos: Australiásico, Oriental y de China; Mar del Japón, Mar de Okhotsk, Mar de Bering y Golfo de California, completa una extensión de ciento ochenta millones de kilómetros cuadrados y el área total de la parte seca de la tierra no llega a los ciento cincuenta millones.

Veamos ahora cómo se desarrolló la conquista de ese inmenso océano. Terminadas las discusiones llevadas a cabo en Badajoz, entre España y Portugal, originadas por el viaje de Magallanes a las Molucas, sin haber llegado a ningún acuerdo, en junio de 1525 se dio a la vela la escuadra que iba al mando de García Jofre de Loaiza, compuesta de seis carabelas y un pataje. En el cabo de las Once mil Vírgenes, llegando ya al extremo de Sur América, naufragó la Sancti Spiritus, una de las carabelas. La Anunciata, La Santa María del Parral y la San Lesmes llegaron a Santa Cruz en los primeros días de enero de 1526. El 25 de enero se reunieron todos en bahía de la Victoria, donde llegó la Capitana con García Jofre y Rodrigo de Acuña en la San Gabriel. Informado de las desgracias de la flota, ordenó que Elcano regresara con tres de las naos al salvamento de los restos de la Sancti Spiritus. A estas tres naves las sorprendió una fuerte tormenta. El Pataje y la Parral se refugiaron en la costa y la San Lesmes, a órdenes de Francisco de Hoces, tuvo que salir a mar abierto. Esta nave fue la primera que descubrió, sin darse perfecta cuenta, el Cabo de Hornos, pues fue arrastrada por el viento siguiendo la costa hacia el Sur, hasta llegar a cincuenta y cinco grados

de latitud sur, es decir, pasó del extremo del continente. Solamente anotó su capitán que allí había «acabamiento de tierra».

De la San Gabriel y la Anunciata no volvió a saberse nada en la flota de García de Loaiza.

El 26 de mayo de 1526 lograron salir al océano Pacífico la Victoria, la Parral, la San Lesmes y el Pataje, pero fueron dispersados por una brava tormenta. La San Lesmes tomó rumbo al norte por la costa Occidental de Sur América, seguida muy de lejos por el Pataje. La Parral y la Victoria siguieron rumbo a las Molucas.

El Pataje perdió de vista la San Lesmes, de la cual no volvió a saberse noticia. El Pataje con cincuenta hombres a bordo y en malas condiciones de víveres y agua, huyendo del frío, siguió rumbo al norte. Fueron avistando diferentes tierras pero no podía arribar por falta de batel. El 25 de julio llegaron a un cabo gordo en quince brazas de arena limpia y ya se hallaban en un estado extremo que convenía que saliese alguno a tierra o diesen con la nave de través; por esto acordaron que en una caja grande saliese uno que llevado por las aguas a tierra, yendo bien amarrada con los guindateles y cabos delgados, llevase tijeras y espejos y otras cosas de rescate para dar a los indios y que no lo matasen, ni comiesen y que en caso de que se volcara la caja se asiera a ella y la tirasen de la nao por el cabo.

El clérigo don Juan de Arriásaga ofreció meterse en el improvisado batel, y así lo hizo a pesar de los ruegos que sus compañeros le hacían, manifestando que con gusto se exponía a aquel peligro por la salud de todos. Faltando como un cuarto de legua para salir a tierra se trastornó la caja y hubiera perecido el valeroso clérigo, si Dios no hubiera puesto en el ánimo de los indios que fueran a ayudarlo, y así se echaron cinco de ellos a la mar y a pesar de que andaba brava lograron sacarlo medio muerto a la playa, en donde lo pusieron y se apartaron de él. Volvió en sí después de media hora y se levantó e hizo señas a los indios que llegasen, pero no querían y antes se echaban en el suelo y abrazaban la tierra. El clérigo hacía lo mismo pensando que aquello era señal de paz y de amistad. Los indios volvieron a la mar y sacaron la caja junto con un capazo que en ella estaba atado, en el que iban las cosas de rescate y pusieron todo a la par del clérigo. Quiso él dar de ello, pero no lo quisieron tomar. Los indios le hicieron señas para que fuese con ellos y así lo hizo, llevando un indio atadas a la cabeza las cosas de rescate.

Caminaron un buen trecho y pasaron un cerro y al otro lado se divisó una población con muchas casas y cultivos. Llegados al lugar, salieron a encontrarlos como veinte mil personas y a la sombra

de un árbol estaba sentado el Cacique, quien siguió con el clérigo hacia el poblado. A la vera del camino vio el clérigo una cruz clavada en el suelo e inmediatamente se arrodilló al pie adorándola con lágrimas en los ojos. Supo entonces que unos cristianos allí la habían puesto y que se hallaba en la región de Tehuantepec.

Socorridos los del pataje y desembarcados por medio de una balsa que fabricaron los indios, se resolvió que el Padre Juan de Arriásaga fuera a México a entrevistarse con Cortés. Había llegado a la población de Mactán en donde residía el gobernador de Tehuantepec. Fue importante esta expedición por ser la primera vez que un barco procedente del Atlántico y navegando por el Pacífico llegó a la costa occidental de América del Norte.

El Comendador Loaiza en cinco días seguidos de tormenta perdió el contacto con todas las embarcaciones y hasta con la Santamaría del Parral que había tomado su mismo rumbo. A fines de julio y a 4° de latitud norte, murió el Comendador Fray García Jofre de Loaiza. De acuerdo con las instrucciones secretas del Emperador, debía asumir la jefatura Juan Sebastián Elcano, quien a los cuatro días también murió. Dice Fernández de Oviedo que «tanto a uno como a otro se les hicieron las obsequias de los navegantes que son: sendos Pater Noster y sendas Avemarías y le dieron la misma sepultura, que fue echarlos a la mar». Murió también Álvaro de Loaiza, sobrino del Comendador, murió el Contador Tejada y el Piloto Rodrigo Bermejo y más treinta y cinco personas. Entonces eligieron por capitán a Toribio Alonso de Salazar, quien por hallarse gravemente enfermo ordenó que se enrumbara hacia las islas de Los Ladrones. Pasaron por frente a una isla a la que pusieron por nombre San Bartolomé y a la que no pudieron llegar. Lograron aportar a la isla de Borta que forma parte del grupo de Los Ladrones. Allí encontraron a Gonzalo de Vigo quien les manifestó que había desembarcado de la nave Trinidad de la expedición de Magallanes, pues una rara y grave enfermedad estaba acabando con toda la tripulación.

El día 1° de Septiembre partieron de la isla de Borta y a poco andar murió Alonso de Salazar y fue reemplazado por Martín Iñiguez de Carquisano, Alguacil Mayor de la armada. El 2 de octubre descubrieron la isla de Mindanao, el 20 llegaron a la isla de Talao y el 29 a Giolo. Allí supieron que la nave Trinidad de la expedición de Magallanes que se había dirigido a Nueva España se había visto obligada a volver a Tidore, en donde había sido apresada junto con toda la tripulación y con Molina y Campo, los dos españoles que habían quedado con Almanzor, por Antonio Brito, comandante de los portugueses y todos habían sido enviados presos a Malaca y la nave hundida. Tidore fue quemado por los portugueses y Almanzor andaba refugiado en los montes, huyendo, pues los portugueses no le perdonaban el haber aceptado a los españoles. Iñiguez envió a los capitanes An-

drés Urdaneta y Alonso Ríos para lograr un acuerdo con los reyes de Giolo y Tidore para iniciar la nueva lucha con los portugueses en el Maluco.

Martín Iñiguez murió, según afirma Herrera, envenenado por Valdaya mientras adelantaban las conversaciones para negociar una tregua y quedó capitaneando a estos héroes Hernando de la Torre. La lucha entre españoles y portugueses continuaba indefinidamente, pero los portugueses llevaban la ventaja de que eran reforzados frecuentemente desde Malaca, y en cambio los españoles estaban en el más completo aislamiento, sin esperanzas de recibir noticias ni refuerzos.

Hernán Cortés como consecuencia de la llegada del pataje a órdenes de Santiago Guevara (Nota al margen: Díaz del Castillo dice que el capitán era: Orlando de Lange) y del cual venía como capellán don Juan de Arriásaga de que antes hablamos, y atendiendo órdenes del Emperador para que organizara una escuadra que fuera a auxiliar a la del Comendador Loaiza, despachó en el año de 1527 una escuadrilla al mando de Álvaro de Saavedra, integrada por tres embarcaciones: la Florida a órdenes directas de Saavedra, la Santiago comandada por Luis Cárdenas y la Espíritu Santo por Pedro Fuentes de Jerez. Iba como comandante general Saavedra.

Salieron la víspera de Todos los Santos del puerto de Ciuguatanejo y anduvieron, según las cuentas de los pilotos, como dos mil millas. El 6 de enero del siguiente año, pasaron por un grupo de islas que por esta razón llamaron de los Reyes. Llegaron a Mindanao, Vizcaya y otras islas que eran gobernadas por Catanao. En una de ellas, un portugués llamado Sebastián del Puerto, logró huir e ir a refugiarse a la nao de Saavedra. Por él supieron que Catanao había dado muerte a Jorge Manrique de Nájera, capitán de la Santamaría del Parral, nave que formaba parte de la flota de Loaiza, la que había perdido el contacto con la Capitana después de pasar por el estrecho de Magallanes y no se había recibido noticia alguna de ella. Puerto había sido vendido como esclavo y su amo lo llevó a la isla de Cebú y allí supo que otros españoles habían sido vendidos para la China y otros quedaban en la isla de Candieta. En las islas de Sarragán y Cadigán rescató dos portugueses y por ellos tuvo noticia de que a cien leguas de allí, y viviendo en constante guerra con los portugueses, había gente del Emperador. Pasaron por frente a Térnate. Más adelante se acercaron al navío tres paraos de Giolo comandados por castellanos. Preguntaron a Saavedra de dónde era el navío y les fue contestado que de Nueva España. Los tripulantes de los paraos pensaron que se trataba de alguna patraña que les querían jugar los portugueses y no creían. Los de Saavedra sacaron el estandarte de Castilla y juraron por todos los santos del cielo que eran españoles. Uno de los recién llegados más resuelto que los otros subió al barco y convenció a sus compañeros de que sí eran españoles. Supo allí Saavedra que a diez leguas de distancia estaba Hernando de La Torre con ochenta

castellanos, y se le informó de todas las desgracias de la armada de Loaiza. Fue un español a dar aviso a de la Torre y los indios a comunicar la noticia al rey de Giolo.

Al día siguiente Saavedra encontró una flotilla portuguesa que iba al mando de Hernando de Valdaya. Entablaron conversación y los portugueses les dijeron que no había españoles en la región; que hacía unos siete u ocho meses había llegado una nao, a la que dieron bastimento y carga de especiería, enviándola en seguida para Castilla y que lo mismo harían con ellos. Entonces uno de los castellanos de Tidore que había quedado con Saavedra, llamado Simón de Vera, gritó al portugués: «Simón, ¿por qué mentís?» Esta fue la Voz de fuego que se dio a la artillería de Saavedra, siendo inmediatamente contestada por los "portugueses, trabándose un encuentro. Al cabo de cuatro horas de batallar, se presentó una fusta enviada por La Torre y entonces los portugueses, se retiraron siguiendo los castellanos a Tidore en donde fueron muy bien acogidos. Días después volvieron los portugueses en una fusta acompañados por numerosos paraos indígenas. Salió a repeler el ataque una fusta a órdenes de Pedro de Ríos con instrucciones de no bombardear pues era grande la escasez de municiones, sino que se aferraran inmediatamente. Fue dominada la fusta portuguesa y herido y hecho prisionero su capitán Valdaya, quien antes de morir confesó que él había dado el tósigo a Iñiguez de Carquisano.

La nave de Saavedra fue reparada y cargada con setenta quintales de clavo. Simón de Brito, portugués, rogó a Saavedra que lo llevase consigo lo que aceptó Saavedra, pues el piloto que había traído murió y Brito se ofrecía como tal; además, La Torre le entregó cuatro portugueses que habían sido apresados con Valdaya. La Torre envió un correo especial, Gutier de Tañón, con letras para el Emperador, informándole de todo lo acaecido. Saavedra se dio a la vela el 3 de junio. Navegó, doscientas cincuenta leguas y llegó a la isla del Oro.

No bien hubo partido Saavedra, cuando los dos gallegos rescatados por él dijeron que eran náufragos de la Santamaría del Parral. El uno llamado Sánchez, huyó; el otro llamado Romay fue apresado. Interrogado Romay, negó, pero dio la casualidad que llegó una carta de Guillermo Flamenco, residente en la Célebes, acusando a estos gallegos de cómplices en la muerte de Manrique. Sometido a tormento confesó que la Santamaría del Parral había llegado a Visaya; envió el batel a tierra y lo apresaron los indios y dieron muerte a la tripulación. Manrique siguió hacia otra isla y entonces estos dos gallegos se concertaron y dieron muerte a Manrique, a Diego hermano de éste, juntamente con el Tesorero Francisco Benavides; los echaron al agua y los lancearon desde el barco. La nave sin capitán y sin piloto dio al través en la isla de Sanguin. La mayor parte de la tripulación fue muerta y otros vendidos como esclavos. Hecha esta confesión por Romay fue

arrastrado y hecho cuartos.

Estando Saavedra en la isla del Oro ya listo para zarpar, fue a tierra. Brito y los cuatro portugueses de que atrás hablamos tomaron el batel diciendo que también iban a tierra y lo que hicieron fue huir. Informado Saavedra de lo sucedido, en una balsa pasó, a la nave e inmediatamente tendió velas y después de dar mil vueltas por todas las islas del pacífico, en Octubre nuevamente estuvo en Tidore. Tuvo la satisfacción de encontrar allí a Brito con uno de los portugueses que le hurtaron el batel. La Torre le informó que estos dos sujetos habían llegado en una canoa con un indio y que inmediatamente fueron apresados por el capitán Urdaneta. Probado el delito, uno fue ahorcado y el otro descuartizado. En el año siguiente Saavedra emprendió nuevamente el regreso, llegó hasta 26° de latitud norte y allí murió, dejando a Pedro Lasso de capitán y ordenándole que siguiera hasta 30° y si no conseguía vientos favorables regresara a Tidore y entregara el barco a La Torre, para que él hiciera lo que fuera del servicio del rey. Lasso murió a los ocho días y quedaron capitaneando maestros y pilotos. Navegaron hasta el 31° y no consiguiendo viento favorable, dieron vuelta a Tidore a donde llegaron a fines de Octubre. La nave iba comida de la broma. Solamente regresaron 18 hombres. De la Nueva España habían salido 250 hombres y cuatro barcos.

Este mismo año de 1529, el emperador Carlos V empeñaba las Molucas a Portugal por 350.000 ducados, según lo estipulado en el convenio de Zaragoza, y mientras Saavedra desarrollaba su desdichado viaje, Cortés se trasladó a España. Allí en conferencias con el Emperador convinieron en que era mucho mejor tomar como base de las expediciones a Maluco y los puertos de la costa occidental de la Nueva España, por lo tanto de allí debían de salir las que en el futuro se despacharan para tales lugares.

Sin haber tenido Cortés noticias de la expedición de Saavedra, organizó una nueva, la que puso al mando de Diego Hurtado de Mendoza. Salieron en dos navíos y a poco andar se amotinaron los soldados y dieron vuelta a Jalisco. Del otro barco que iba al mando de Hurtado no se volvió a tener noticia. Informado Cortés del nuevo desastre, ordenó que dos barcos que ya estaban aparejados en Tehuantepec se despacharan también con rumbo a Maluco. Iba como jefe de esta escuadrilla Diego de Becerra y como capitán del otro barco Hernando de Grijalva. Se dieron a la vela el 30 de Octubre de 1533, y al día siguiente cada cual tomó su rumbo. Becerra fue asesinado por sus compañeros. El piloto tomó el mando y desembarcó en las islas de Santa Cruz y allí lo mataron los indios. La tripulación volvió a Jalisco con la noticia. El barco de Grijalva regresó también a Jalisco en 1535 después de haber llegado hasta la isla de San Tomé, de la cual tomó posesión en nombre de

España (Nota al margen. Otros historiadores aseguran que Grijalva llegó hasta Nueva Guinea y su barco naufragó).

Conocido el fracaso de Becerra y la desaparición del San Lázaro, que era la embarcación que iba a órdenes de Grijalva, resolvió Cortés emprender personalmente la expedición. Armó varios navíos y en el año de 1535 salió de viaje. Llegó hasta la isla de Santa Cruz, fue a California y después de pasar mil dificultades regresó a Nueva España.

En las islas Molucas seguían Hernando de La Torre y el capitán Andrés de Urdaneta resistiendo heroicamente acompañados de 17 españoles. El capitán Tristán de Atayde, comandante de los portugueses viendo la apurada situación de los españoles les propuso capitulación, la cual fue aceptada por ellos. Atayde les entregó mil ducados que La Torre repartió entre todos sus compañeros. En 1534 La Torre salió para España, vía Malaca, Conchín, Buena Esperanza. En 1535 lo siguió Urdaneta y el 15 de noviembre se encontraron en Conchín los dos capitanes y allí estuvieron hasta el 12 de enero de 1536. Urdaneta siguió para España llevando cartas de La Torre. «Quedaron, pues, los portugueses, señores de las islas de Maluco», dice Herrera, y continúa: «Siendo cosa notable que con haberse hecho el empeño de ellas en el año de 1529, jamás hubiese llegado a éstos hombres que con tanta fe y trabajo mantenían las islas, aviso ninguno de lo hecho, ni orden de lo que debían hacer, salvo que se piando al embajador Lope Hurtado de Mendoza, que residía en Lisboa por el emperador, que con una provisión del rey de Portugal, enviase a las Indias Orientales a Pedro de Montoya para que procurase que los portugueses dejasen venir en sus navíos a los castellanos». Pedro de Montoya nunca apareció por las islas de Maluco.

Hubo otra expedición que salió de Nueva España al mando de Rui López de Villalobos en Agosto de 1542. Llegó a la isla de Mindanao y recorrió todo este archipiélago, el que fue bautizado con el nombre de Islas Filipinas en honor de Felipe, el príncipe heredero. Villalobos murió en Ambón, en 1546, asistido por San Francisco Javier.

El convenio de Zaragoza no fue propiamente un tratado internacional, en el cual se fijaran límites y soberanías; fue más bien un negocio de compraventa o arreglo comercial y se refería únicamente a Maluco, o sea a las actuales islas Molucas, que, según Herrera, eran: Térnate, Tidore, Batán, Montil y Giolo. Las islas Filipinas no entraron en el arreglo.

Un hado implacable y hostil perseguía a los españoles en sus expediciones por las inmensidades del Pacífico. Como hemos visto, sucedieron unos a otros los viajes, consiguiendo únicamente

acumular dificultades y agrandar los obstáculos. Una lucha capaz de agotar una raza si ésta no hubiera sido la española que es inagotable. Veinte años pasaron sin que nadie pensara en reanudar estos viajes en los cuales el hambre, la sed, el escorbuto y el cansancio diezaban las tripulaciones y eliminaban a los jefes, sumando a esto la hostilidad de los indígenas y el encarnizamiento con que los portugueses defendían su tráfico de la especiería.

Felipe II, ya encargado del gobierno de España, ordenó al virrey de México, don Luis de Velasco, que enviase una expedición al descubrimiento de las islas del poniente y sobre todo procurara encontrar la vía de regreso, pues ninguno de los expedicionarios había logrado volver de Maluco a la costa occidental de América.

Andrés de Urdaneta de quien nos ocupamos anteriormente, había entrado a la orden de San Agustín y se hallaba en Nueva España. El mismo rey le dirigió una carta solicitándole que asumiera la dirección técnica y el pilotaje de la nueva expedición, la cual debía seguir bajo el mando de Miguel López de Legazpi. El 21 de Noviembre de 1564, zarpó del puerto de Navidad la expedición en cuatro barcos, tripulados por 380 hombres. Llegó a la isla de Guam que forma parte del archipiélago de Los Ladrones, islas rebautizadas en 1666 por los Jesuítas como las Islas Marianas, en honor de Mariana de Austria, reina de España. El 27 de abril de 1565 llegaron a las Filipinas.

Legazpi ordenó a Fray Urdaneta que emprendiera el regreso. La navegación fue próspera y acertada aunque de gran trabajo por ser tan larga e ir la nao tan pobre de gente y de regalo. El Padre Urdaneta tomó a su cargo el gobernarla, así por ser tan necesaria su inteligencia, como porque el piloto y el maestre murieron a la salida del puerto. Murieron además otras catorce personas de las pocas que venían en la nave, y las que quedaron estaban tan enfermas que cuando llegaron a Acapulco no había un hombre que pudiera echar las áncoras, porque con el trabajo en las islas, las inclemencias del norte y el poco regalo de la nao, todos se rindieron y quedó todo el gobierno y el peso de todas las faenas sobre los hombros de aquel famoso argonauta y un compañero. Urdaneta abandonó la ruta seguida por las anteriores expediciones y tomó hacia el norte bordeando el Japón. Cruzó el Pacífico por la parte norte, en dirección a California, luego bajó por toda la costa y llegó a Acapulco el 3 de Octubre de 1565, dejando establecida la ruta que todos los posteriores navegantes habían de seguir.

Legazpi quedó en oriente luchando con los portugueses, con los indígenas, con los piratas mahometanos e ingleses y, lo más grave, con la indecisión de Felipe, debido principalmente a que los productos de las Filipinas no eran muy halagadores, y no había modo de saber seguramente si

quedaban dentro del marco español o del portugués. Quince años duró esta incertidumbre. Al fin en 1580 se decidió la ocupación y en 1581 se fundó la ciudad de Manila en la isla de Luzón. En 1583 se creó la Audiencia Real y en 1610 abrió sus aulas la Universidad de Santo Tomás, regida por los Padres Dominios. Además, se introdujo la imprenta. Esto justifica las palabras de un escritor contemporáneo: «La actuación de los misioneros en Filipinas, muestra, como excepción única en toda la Malasia, que mientras Java, Borneo y Sumatra siguen en el estupor de la prehistoria, en Filipinas existe una conciencia histórica».

Cierran prácticamente las actividades hispanas en el Pacífico los dos viajes de Álvaro de Mendaña y el de Pedro Fernández de Quiroz.

Mendaña salió del Perú en obediencia de órdenes de su tío Pedro de Castro, Gobernador del Perú y en cumplimiento de instrucciones reales. Salieron del Callao el 19 de Noviembre de 1567, pasaron por la isla de Santa Cruz, y luego por las islas Salomón; de ahí tomaron rumbo a Nueva España, a donde llegaron a principios de 1568, y en marzo del mismo año ya estaban nuevamente de regreso en el Perú. Allí se dedicó a hacerle la propaganda a la importancia de las islas visitadas por él, bautizándolas con el nombre de Salomón para tratar de exagerar sus riquezas.

Pero entró en juego un nuevo factor en las actividades descubridoras. En el año de 1558, a la muerte de María Tudor, segunda esposa de Felipe II, ocupó el trono inglés Isabel de Inglaterra, la hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Tanto el padre como la hija lucharon duramente hasta conseguir la formación del Reino Unido, logrando extender su autoridad indiscutible sobre las siete comunidades conocidas con el nombre de Provincias Unidas, haciéndoles comprender la trascendental importancia que tenía para todas el desarrollo de una política naval, y convenciéndolos de que era de mayor importancia. Un triunfo sobre el enemigo, que el puesto que el Almirante debía ocupar en las recepciones oficiales. Además, Isabel desde su primera juventud estaba preocupada pensando que Inglaterra, un país que vivía más que ningún otro del mar, no tuviera sus barcos como los portugueses y españoles descubriendo los siete mares y conquistando tierras y recogiendo fabulosas riquezas.

Respondiendo a este impulso surgieron los marinos ingleses y entre ellos uno de los más notables fue Francisco Drake. Inició sus actividades piráticas en las Indias Occidentales. En una de sus incursiones asaltó el puerto de Acla con gran éxito financiero. Se internó en el país y sesenta años después de que Balboa, partiendo del mismo puerto de Acla, había descubierto el Mar del Sur, pudo Drake divisarlo desde una alta montaña y formar el propósito de visitarlo. Vuelto a Inglaterra,

consiguió la aprobación de Isabel para su nueva aventura y el día 5 de Noviembre de 1577 salió del puerto de Plymouth. La flota estaba formada por los siguientes barcos: el Pelicano, buque almirante, la Elizabeth, el Marygold y el Cristóbal. Tripulaban esta flota 164 marinos escogidos. El 20 de agosto entraban en el estrecho de Magallanes, pasado ya por varios navegantes españoles. El 6 de septiembre lograron terminar la travesía del estrecho para entrar en el Mar del Sur, pero a costa de casi toda la flota, pues solamente quedó reducida al Pelicano, al cual cambiaron el nombre por el de Golden Hind. En Valparaíso encontraron un barco español fondeado, lo saquearon y lo mismo hicieron con la población, formando parte del botín un cáliz y dos grandes cruces de plata, y en metales preciosos, mercancías y víveres ajustaron la bonita suma de 37.000 ducados. Pasaron por Coquimbo, Arica, Tarapacá, y el 13 de febrero de 1579 llegaron al frente de la ciudad de Lima, asaltando y robando cuanto pudieron y les cupo en el barco. A Acapulco lo sometieron al mismo tratamiento y allí comenzó el problema del regreso. No era posible volver por el estrecho, pues, según las palabras de Draker transcritas textualmente por el cronista de la expedición: «Había muchos españoles en las costas del Perú y Chile, que espían nuestro regreso y nos sería imposible librarnos de sus manos, y la segunda, porque la situación de la boca de dicho estrecho, por el lado del sur, en donde estábamos, era sumamente peligrosa por las continuas tormentas y fuertes lluvias». Esto contradice la opinión de algunos, quienes sostienen que Drake descubrió la unión de los dos océanos en el Cabo de Hornos, pues si él hubiera sabido que se podía cruzar por mar abierto, no hubiera tenido en cuenta las dificultades del paso por el estrecho.

También pensó Drake, fundándose en un informe que tenía, de Forbisher, que era posible el paso por el Mar Ártico; también podría darse la vuelta por el cabo de Buena Esperanza. La vía que más le llamó la atención fue la del Ártico y el 16 de abril de 1579 se dieron a la vela para buscar este paso. Tomaron rumbo al norte, pero el frío era muy intenso y hubieron de regresar llegando a California, en donde fueron muy bien recibidos por los naturales debido a que en el año de 1543, por estos lugares anduvo Juan Rodríguez Cabrillo, navegante procedente de Nueva España, quien trató benévolamente a los naturales, causa esta del buen recibimiento hecho a Drake. El jefe de esos indios manifestó gran estimación por los visitantes, y una especie de cetro que llevaba en la mano, lo regaló a Drake, lo que éste interpretó como transmisión de dominio y tomó posesión de la tierra en nombre de Isabel, bautizando la región con el nombre de Nueva Bretaña. Decidió definitivamente regresar por el cabo de Buena Esperanza, pues era la ruta más segura, y eran muchas las riquezas acumuladas en su barco, producto de sus numerosas rapiñas. El 14 de Noviembre de 1578 estaba en las Molucas y el 3 de Noviembre llegó a Plymouth.

La noticia de las depredaciones de Drake produjo en España gran indignación. Lope de Vega se

hizo intérprete de ella en su poema **Dragontea**. A todos alteró profundamente, menos a Felipe II, el Prudente, quien seguía reflexionando la conveniencia de romper con Inglaterra. Isabel en un principio se mostró reservada, conservando un silencio absoluto, lo que fue interpretado por los cortesanos como un signo de reprobación. Pero pasados seis meses y viendo que las dificultades con España se agravaban de día en día y que era seguro tener que apelar al genio del hábil marino, el 4 de Abril de 1581 viajó Isabel a Deptford en donde estaba anclada la pequeña nave de Drake, y allí, con toda la solemnidad del caso, subió a bordo y confirió al atrevido y afortunado filibustero el título de caballero. Asignó a Drake como escudo de armas un globo terráqueo con una franja que lo rodeaba y en ella la siguiente inscripción: **Tú fuiste el primero que me abrazaste**. Esto muestra bastante el espíritu inglés de esa época, que sólo tomaba en consideración lo que hacían sus compatriotas. Cuando Drake dio la vuelta al mundo ya varios capitanes y numerosas tripulaciones le habían dado este abrazo a la tierra. Drake fue el primero que turbó el monopolio hispánico del mar Pacífico, abrió una era nueva y brillante de la navegación inglesa; muchos de sus compatriotas lo imitaron y en menos de 16 años los puertos ingleses enviaron seis expediciones al Mar del Sur.

Una de estas expediciones fue la de Richard Hawkins, quien salió de Plymouth el 13 de junio de 1593. Dice Hawkins en su informe: «El principal fin de nuestro viaje era hacer un perfecto descubrimiento de todas aquellas partes a donde llegásemos, con sus longitudes, latitudes y la configuración de sus costas, sus puertos, ciudades y pueblos...». Pero esto no era el verdadero móvil pues las actividades desarrolladas no tuvieron qué ver con estos tópicos. Isabel que era la protectora de esta empresa dio a la nave el nombre de **The Dainty** (La Linda). Otras dos naves que acompañaban a La Linda la abandonaron y llegó sola a las Malvinas el 2 de Febrero de 1594. Hawkins se creyó descubridor de este archipiélago, pero estaba equivocado, pues ya antes había sido visitado por Davis. Cruzó el estrecho de Magallanes en cuarenta días y subió por la costa occidental de Sur América, desarrollando en toda ella sus actividades piráticas. El 4 de junio encontró dos barcos españoles al mando de Beltrán de Castro y de Miguel Filipón, quienes al frente de la costa del Ecuador lo derrotaron, lo tomaron prisionero y lo enviaron a España. Parece que Hawkins sí se dio cuenta de que muy poco se prolongaba la tierra del estrecho de Magallanes hacia el sur. El Padre Acosta en su capítulo que titula **Del Océano que rodea a las Indias y de la Mar del Norte y del Sur**, dice: «Del estrecho de Magallanes acá afirman que no es estrecho sino islas entre la mar, y que al cabo de ellas se junta un mar con el otro, y que sea un mismo mar lo afirma Ricardo Aquines (Hawkins) caballero inglés, haberlo visto por sus propios ojos». Pero debe tenerse en cuenta que en el año de 1612 se publicó el planisferio llamado de Ámsterdam, de lo más exacto que se conoce en mapas de la época, y en él aparece al sur del estrecho de Magallanes, extendiéndose hasta el Polo Sur y formando un solo continente con Australia una gran masa de

tierra. En este planisferio se ve, más o menos, en donde está situada Australia, una leyenda en latín que dice: «Tierra recientemente descubierta por Pedro Fernández de Quiroz y distinguida con el nombre de Tierra Australiana Incógnita». Adelante veremos quién era Fernández de Quiroz.

Volvamos a los españoles. Mendaña después de 26 años de lucha logró conseguir autorización y apoyo para una nueva expedición que en cuatro barcos salió el 11 de Abril de 1595 del Callao. Pasó a Paita y allí se demoró hasta el 16 de Junio. Según orden del rey, debían formar parte de la expedición hombres y mujeres.

Mendaña iba con su esposa Isabel de Barreto y llevaba como piloto mayor a Pedro Fernández de Quiroz. Llegaron a las islas Marquesas que así bautizaron en honor de la Marquesa de Mendoza, esposa del virrey del Perú y luego pasaron por el archipiélago de Santa Cruz. El 17 de Septiembre murió Mendaña allí y su esposa quedó encargada de la Jefatura de la expedición. Pasaron a las islas de Los Ladrones y viendo las grandes dificultades de la navegación y las enfermedades y muertes continuas de los tripulantes, la Gobernadora ordenó dirigirse a Manila para pedir socorro a Legazpi. Después de trasegar por el dédalo de canales de las siete mil Filipinas, lograron llegar a Manila el 11 de Febrero de 1596 en estado crítico de agotamiento y enfermedad y fueron muy bien recibidos. Las mujeres se casaron en Manila, excepto cuatro o cinco que se metieron monjas. Una sola de las embarcaciones llegó a Manila. A los pocos días se supo que otra había llegado a Mindanao; del resto no se volvió a tener noticia.

Quiroz, después de haber acompañado a la viuda de Mendaña hasta México, regresó al Perú para tratar de conseguir apoyo para una nueva expedición. El Virrey del Perú le manifestó que no estaba dentro de su alcance esta clase de actividades y le dio cartas especiales de recomendación para la corte española. Allí pasó cinco años sin obtener resultado alguno y resolvió pasar a Roma en el año 1600. Vuelto a España con una recomendación del Sumo Pontífice, consiguió la autorización y el apoyo de Felipe III e inmediatamente emprendió viaje al Perú en donde organizó una expedición compuesta de dos naves y una sabrá.

El 21 de Diciembre de 1605 salió del puerto del Callao. Tomó rumbo Oeste y recorrió más de mil leguas sin avistar tierra alguna. Cambió de rumbo un poco hacia el Sur y bajó hasta 259 de latitud Sur y siguiendo nuevamente al Oeste, fue recorriendo una serie indefinida de islas a las que iba bautizando con diferentes nombres. Siguiendo este rumbo llegó hasta las islas conocidas hoy con el nombre de Nuevas Hébridas. El principal objetivo que persiguió Quiroz era el descubrimiento del continente australiano o como él decía: «la tierra madre de todas estas islas». Tomó una de las

islas como que ya fuera del continente y le impuso a esa tierra el nombre de Australia del Espíritu Santo y tomó posesión «de todas las tierras que veo y que voy a ver en toda esta región del sur hasta el polo, las cuales desde ahora se llamarán Australia del Espíritu Santo». El nombre de Australia se lo dio en honor de Felipe III que también era archiduque de Austria.

A fines de Mayo Quiroz abandonó estas islas tratando de seguir hacia las costas de China y Japón, pero su embarcación se hallaba en malas condiciones y entonces optó por dirigirse a Nueva España a donde llegó el 3 de Octubre de 1606. Al salir de las Nuevas Hébridas una tormenta lo separó de la otra nave que iba al mando de Luis Vas de Torres. La nave de Torres siguió rumbo al Oeste y llegó a la costa de Australia; fue siguiendo esta costa en más de 800 leguas, prueba de que recorría las costas de Australia, pues ninguna de las islas vecinas podrá dar esta longitud de costa, siguiendo más o menos el mismo rumbo. Haciendo este recorrido cruzó el estrecho que separa a Australia de Nueva Guinea, hazaña que le fue pagada dándole a este estrecho el nombre de Estrecho de Torres. Cook quiso darle a este paso el nombre de Endeavour, pero la posteridad le hizo justicia a Torres, quien después de sufrir grandes penalidades logró llegar a las Filipinas.

Quiroz lejos de desanimarse con el mal resultado financiero de su expedición, nuevamente fue a España a impetrar a Felipe más apoyo, y le dirigió un memorial muy largo, muy interesante y bastante conocido del mundo. Uno de sus apartes decía: «Con este son ocho los memoriales que a V. M. he presentado en razón de la población que debe hacerse en las tierras que V. M. mandó que descubriese en la parte austral incógnita, sin hasta ahora haberse tomado conmigo resolución, ni dado respuesta alguna, ni esperanza que asegura mi despacho, habiendo catorce meses que estoy en esta corte y catorce años que trato esta causa sin sueldo y sin haber visto apuntar a mi provecho, sino sólo bien de ellas, con lo cual y con infinitas contradicciones, he andado veinte mil leguas por tierra y mar, y gastado toda mi hacienda, desacomodado mi persona y sufrido tantas y terribles cosas que a mí mismo se me hacen increíbles...». Este memorial está redactado todo en la misma tónica de lo transcrito y su elocuente ardor no produjo gran impresión en el ánimo de Felipe. Quiroz esperó otros años más sin obtener contestación, hasta que resolvió volver a Lima con el ánimo de organizar otra expedición, pero murió a su paso por Panamá en 1614.

Quiroz y Mendaña cierran la época heroica de España en el Pacífico. Con ellos se apagó aquel espíritu emprendedor que llevó a Colón a las Antillas, a Cortés al palacio de Moctezuma y a Pizarro al Cuzco; pero esto no quiere decir que España terminara completamente sus actividades, pues a fines del siglo XVIII hubo expediciones notabilísimas como la de Felipe González de Aledo, que llegó a la isla de Pascua en el año de 1770, la de Antonio de Boenechea que visitó a Tahití, la de

Francisco Antonio Mourelle que descubrió el archipiélago de Tonga y Vavao y la famosa expedición científica de Malaspina y Bustamante que durante cinco años, de 1789 a 1794, visitó las costas americanas e innumerables islas del Pacífico, recogiendo interesantes y curiosísimos datos.

Al mediar el siglo XVIII España extendía su soberanía a los archipiélagos de Filipinas, Carolinas, Balaos, Marianas, etc.,- etc. Había descubierto muchas otras islas y nadie podía presentar mejor título que España sobre Borneo, Nueva Guinea, Australia, Islas Salomón, Santa Cruz, Espíritu Santo y muchas otras. Dominaba la costa occidental de América desde el estrecho de Magallanes hasta California y podía decirse que el Pacífico era netamente un mar español.

En cuanto al Cabo de Hornos, Schouten y Lamaire, fueron los protocolizadores de este descubrimiento. Jacobo Lamaire era de origen francés, trasladado a Ámsterdam por causa de las guerras de religión. Por entonces estaba prohibido a todo holandés dar la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza o cruzar el estrecho de Magallanes, pues esas vías eran concesión especial de la Compañía de las Indias. Schouten propuso a Lamaire eludir la prohibición buscando otro camino que no fuera el Estrecho. Con esta idea armaron un barco de 360 toneladas de capacidad y un pequeño yate, tripulado por 65 hombres y armados de 41 cañones. La expedición salió de Texel el 14 de Junio de 1615. Llegaron a las islas Malvinas al año siguiente. Pasaron al extremo sur de la Tierra del Fuego, y del 24 al 25 de Enero cruzaron el corto canal que separa el continente de la isla de los Estados, y aunque no dieron la vuelta por fuera de la isla, comprobaron que era factible, y en sólo 24 horas pasaron del Atlántico al Pacífico. Atravesaron el Pacífico y en Noviembre llegaron a Batavia en donde fueron apresados por el administrador de la Compañía de las Indias. Lamaire fue devuelto a Holanda vía Cabo de Buena Esperanza y murió frente a la isla Mauricio, según dicen, de pesar, por el desprecio que hicieron de su hazaña.

De ahí en adelante, el Pacífico, como un inmenso imán, atrajo hacia sí la atención universal. Muchos países fluyeron sobre él: Inglaterra, Holanda, ya independiente, Francia y Rusia. Casi todos estos navegantes seguían las huellas de los exploradores españoles. Uno de los que tomaron iniciativas propias fue Guillermo Dampier, primer inglés que llegó a las costas australianas. Formó parte de la flota inglesa durante la guerra con Holanda, fue después agricultor en Jamaica y luego se dedicó a la explotación de bosques y terminó en actividades de bucanero en las Antillas. En desarrollo de estas actividades dio dos veces la vuelta al mundo y fue el primer europeo que cruzó el estrecho que separa a Nueva Guinea de Nueva Bretaña, y por esta razón este paso lleva su nombre.

Otro explorador notable fue Antonio van Diemen, holandés, quien llegó a las Indias, como simple empleado de poca categoría y ascendió hasta Gobernador General. Uno de sus capitanes, Abel Tasmán, descubrió la tierra que llamó Van Diemen. Posteriormente se comprobó que era una isla y se le dio el nombre de Tasmania. Tasmán fue el primero que dio la vuelta completa a Australia.

Vienen luégo las expediciones de Cook, Bouganville, La Perouse y mil más que recorrieron el Pacífico en uno y otro sentido, pero es tan grande este océano que muchos de sus visitantes pasaban tres y cuatro semanas sin divisar tierra y en su inmensidad se encuentran regadas miríadas de islas, desde islas continentales hasta pequeños atolones, muchas de las cuales es posible que hasta el momento no hayan sido visitadas ni catalogadas.

Para completar el perímetro de este océano faltaba únicamente estudiar el rincón nor-occidental, es decir, desde las costas del Japón, siguiendo por las islas Kuriles, las Aleutianas, e ir a terminar a Alaska. Esta labor la completó Rusia.

Vitus Bering, danés de nacimiento, fue capitán de uno de los barcos de la flota de Pedro el Grande en la guerra contra Suecia. Hizo una buena carrera llegando hasta comodoro. Por intrigas o porque se le considerase poco apto para ocupar mayores posiciones, fue suspendido. Pasado un tiempo y deseando Pedro realizar los estudios a que antes nos referimos, se acordó de Bering y lo encargó de llevar a cabo la empresa. Según los mapas de la época figuraba el estrecho de Anian que decían haber sido descubierto por Juan de Fuca, piloto griego que en 1642 realizó un viaje a lo largo de la costa occidental de América del Norte, como enviado del Virrey de México. Dice la crónica que Fuca encontró un estrecho y entró por él, pero los que han estudiado el asunto aseguran que no fue el de Bering, sino por el que separa la isla de Vancouver del continente, es decir, una de las entradas de la bahía de Seattle, entrada que en los mapas actuales figura con el nombre de estrecho de Juan de Fuca.

Hay otros que afirman que en 1648 Simón Exneff visitó esta región y descubrió el estrecho, pero ninguno de los dos a que hemos aludido, logró protocolizar su descubrimiento, por lo tanto no hay base para desconocerle la primacía a Bering.

El 24 de enero de 1725, Bering, llevando como segundo a Chirikof, salió de San Petersburgo acompañado de una numerosa expedición, dotada de todo lo indispensable para construir barcos en las costas orientales de Siberia. Tres años invirtieron en llegar por tierra a Kamchaka, atravesando Rusia y Siberia. Allí construyeron dos pequeños barcos llamados el San Gabriel y la

Fortuna. El 13 de julio de 1728 la expedición se dio a la vela siguiendo una dirección noreste y procurando no perder de vista la costa. Llegaron al estrecho en Agosto y por él penetraron en el Ártico sin darse precisa cuenta. Pero viendo que la costa tomaba rumbo hacia el occidente, el 16 del mismo mes Bering ordenó el regreso y logró identificar el estrecho. Las instrucciones recibidas solamente le imponían la obligación de determinar el fin de Asia y el principio de América. Lo había conseguido y por lo tanto regresó. En San Petersburgo tuvo más dificultades con la Academia Rusa de Ciencias, integrada por un cosmopolita equipo de sabios, que en el Ártico con los hielos o en las Kuriles con las tempestades. Como consecuencia de esa lucha con la Academia de Ciencias, fue organizada una nueva expedición integrada por toda clase de sabios, muchos de los cuales iban acompañados de sus familias, un verdadero cuerpo de ejército, compuesto de personas de todas las edades, sexos y condiciones. Después de atravesar a Rusia y Siberia, por la misma vía de la anterior expedición y de vencer mil dificultades en la construcción de los barcos, en junio de 1.840 fueron botados al agua en el mar de Okhotsk dos barcos: el San Pedro y el San Pablo a los que se unieron los dos que de la primera expedición habían quedado.

El 4 de Septiembre del mismo año la expedición se dio a la mar. Nueve años de preparativos se habían necesitado para dar principio a esta segunda aventura. Al momento de partir llegaron dos sabios más: Steller, un geógrafo, y Delisle de la Croyer, un arqueólogo. Como el tiempo estaba muy avanzado, fue indispensable esperar la nueva primavera. Al fin, el 4 de junio de 1741 sopló viento favorable y desplegadas las velas pusieron proa al norte. Una vez cruzado el paralelo del 46, Bering resolvió tomar rumbo directo hacia las costas de América. El 20 de Junio fueron sorprendidos por un violento temporal que duró toda la noche. Al amanecer Chirikof no vio la San Pedro y pasó días y semanas buscándola. Terminó Junio, vino Julio y la acción devastadora del océano seguía actuando violentamente sobre los expedicionarios, sin ser posible encontrar las menores huellas de tierra y sumidos en profundas nieblas, no podían divisar la nave San Pedro. Cuando Chirikof estaba ya resuelto a abandonar las pesquisas, el 15 de Julio de 1741, por primera vez, se reflejó en los ojos de los europeos el hermoso paisaje, de Alaska. Se elevaba ante ellos una inhospitalaria y rocosa costa; respaldada por un paisaje de altas montañas, coronadas de nieves perpetuas y en el intermedio, valles y elevaciones cubiertos de tupidos bosques de pinos de un color verde oscuro. Habían llegado a la costa comprendida entre los cabos Addington y San Bartolomé. Tres días después lograron encontrar un ancladero. Enviado el piloto con la lancha para traer noticias de la costa y conseguir agua fresca, no regresó. Pasados tres días Chirikof envió un pequeño bote que le quedaba, para tratar de conseguir noticias de la primera lancha y también desapareció sin que nunca se haya tenido noticias de ellos. El 26 de Julio Chirikof ordenó elevar anclas y volver a Kamchaka. Chirikof logró desembarcar en estado grave, pero se salvó. De la Croyere murió al sentir

el contacto con el aire fresco.

La historia de la San Pedro, fue, si es posible, más trágica. Con Bering viajaba Steller, quien hizo el relato de la terrible odisea. Recorrieron un océano vacío sin encontrar tierra alguna. Al fin el 16 de julio, es decir, un día después del descubrimiento hecho por Chirikof, lograron llegar a una pequeña isla llamada Kayat, cerca de la costa, frente al lugar donde se levanta el Pico San Elías. Encontraron un puerto seguro, defendido por sotavento. Todos los tripulantes se hallaban gozosos menos su comandante que estaba gravemente enfermo de escorbuto. Entró un mensajero al camarote de Bering a darle la feliz noticia de que estaban seguros de hallarse en las costas de América y Bering sin contestar se volvió para el rincón. No hay que olvidar que esta relación fue hecha por Steller que se muestra poco amigo de Bering. Steller logró conseguir autorización para desembarcar e hizo un ligero estudio de la tierra descubierta.

Bering sostenía que no era posible invernar en esta isla por la escasez de provisiones y por las enfermedades y ordenó el regreso. Dice Steller en su relato: «Durante diez años Bering estuvo preparándose para la realización de esta empresa y la exploración solamente duró diez horas».

En el regreso a Kamchaka arribaron a una de las islas Aleutianas y allí invernaron. El 8 de Diciembre de 1741, dos horas antes de amanecer murió Bering.

La ocupación de Alaska por los rusos produjo protestas por parte de la Gran Bretaña, sin resultado alguno. En 1825 se firmó un **modus vivendi** entre Alaska y el Canadá, pero los rusos viendo el gasto tan excesivo de la conservación de una lejana colonia, de la cual solamente pieles habían logrado extraer y que podía producirles complicaciones con los Estados Unidos, resolvieron vendérsela a este país por la suma de 7.200.000 dólares. Esto sucedía en 1867 y solamente en 11903 vino a quedar definido el límite entre Alaska y Canadá. Además de Bering visitaron esta región Cook en 1778, La Perouse en 1786, Pribilov y Dixon en 1787 y Vancouver en 1792.

En 1770 Cook desembarcó en un cabo rocoso que cierra uno de los lados de «Botanic Bay», cerca al actual Sidney, y a imitación de Quiroz, desde allí tomó posesión, por cuenta de Inglaterra, de toda la Australia, viniendo a indemnizar a este país de la pérdida que hacía al separársele los Estados Unidos, como consecuencia de la guerra de la Independencia. Quedó, pues, el Océano Pacífico en poder de ingleses, holandeses y franceses. Los portugueses conservaron un rinconcito en la isla de Timor, como dice Latino Coehlo, apenas suficiente para poder izar la bandera. España conservaba las islas Filipinas, pero vencida por los Estados Unidos en la guerra de la Independencia

de Cuba, fueron también derrotados los restos del poderío naval español, en la batalla dada en la bahía de Manila, en donde la escuadra americana al mando del Almirante Dewey hizo desaparecer del Pacífico la última huella de lo que fue el Gran Imperio Colonial Español.

